

Bogotá, 15 de diciembre de 1924.



Mi querido Fementé,

no por negligencia sino por una justificada ocupación, la de intrigar intensamente para obtener que Salvador fuera a Lima en representación de la descendencia de los Córdoba, había demorado la respuesta a tu amable carta de octubre.

En estos días también he tenido una brecha extraordinaria por dejar al día mi oficina, pues el jueves que viene saldré para El Tibano a visitar a la familia de Salvador, donde me tendrás a la orden por quince días.

Esperaba un rato de sabroso recogimiento para escribirte y no es el de ahora el que hubiera deseado, pero imposible que pase otro correo sin dirigirte mi recuerdo y agradecerte muchísimo la cordialidad generosa que estampas en la carta última.

Verás que con el tiempo seremos fraternales y que no por opacos en la opinión de una nación entera, por ejemplo, dejamos de ser interesantísimos el uno para el otro, lo cual parece que nos basta. Si te precias de buen psicólogo, adivinarías en el párrafo mi encantadora egolatría, mi pro-funda indiferencia de popularidad y el más vivo sentido de compañerismo discreto, sincero y generoso. Hubiera podido, por simple cortesía y para tocar tu vanidad de hombre de armas, decirte que aquí se te conoce muchísimo; que tu fama es muy grande y que cuantas me hablan de ti lo hacen con entusiasmo y alteza.